

Ahora, el chiraquismo

Al final se aliarán —la derecha termina siempre por unirse— y tal vez ganen las elecciones (porque, salvo escasas excepciones, quien organiza las "consultas populares" las gana), pero nos quedará la compensación de las elegantes zancadillas, de los discretos codazos en el hígado y de las trampas disimuladas con que se obsequian los representantes de la burguesía francesa.

No vamos a recordar los términos brutales con que Chirac denunció los métodos autoritarios del Presidente cuando le presentó su dimisión, ni las palabras agrídulces con que éste lo aceptó; es agua pasada, ya que luego se volvieron a estrechar calurosamente las manos en el Elíseo, cuando Chirac tenía ya "in mente" la máquina infernal para desalojar al Presidente de ese agosto apartamento.

El plan fue revelado el domingo 5, en el palacio de los Deportes con una puesta en escena digna de la mejor tradición derechista: la transformación del partido gaullista UDR en un "amplio movimiento de masas", denominado Unión Por La República (EPR). El gran jefe de la

RPR —Jacques Chirac, naturalmente— presentó en generoso programa con vertientes populistas —"poujadistas", diría François Mitterrand al regresar de Madrid—, logrando la proeza —él y sus seguidores— de evitar el nombre de Giscard D'Estaing durante toda la reunión.

Sin embargo, el espíritu del Presidente no estuvo ausente en esta reunión de los chiraquistas: Yves Guena, hasta entonces secretario general de la UDR, con voz trágica y apresuradamente, anunció la inesperada noticia: "El Gobierno ha enviado a la Policía esta madrugada para desalojar a los obreros de los locales del "Parisien Libéré". Inmediatamente llovieron los aplausos, pues la asamblea es conservadora y amiga del orden, pero pronto otro capitoste del ex gaullismo, Claude Labbé, es puso la mosca detrás de la oreja: "¿Creen ustedes que es una coincidencia si, después de dos años de conflictos, el Gobierno elige precisamente este día para desalojar los locales del "Parisien Libéré", corriendo el riesgo de que se organice una huelga de periódicos, y dejándonos sin la

publicidad que debe tener esta reunión nuestra?"

Y así fue. No hubo periódicos ni el lunes ni el martes. La bomba de Chirac explotó con retraso, y algo mojada, cuando ya se empiezan a vislumbrar las dificultades con que se puede encontrar el líder del movimiento neogaullista.

La principal será la imagen que tiene de él la opinión pública. Corresponde a la del "perfecto fascista" que perfilaron los lectores de la revista "Les Temps Modernes", contestando a una encuesta de J.-P. Sartre: barbilla firme, cabello corto, liso y peinado con brillantina, gestos bruscos y autoritarios, analfabetismo cultural... Características que según "Charlie-Hebdo", pueden resultarle favorables: "Jacques Chirac tiene, exactamente, los defectos que agradan al público que quiere conquistar. Es simple, arribista, gritón, expeditivo, vulgar y poco inteligente. Nada comparable tiene con la sutileza bizantina de Mitterrand, con la astucia socarrona de Georges Marchais, ni con la "clase" de Giscard. Pero Chirac es un "punchista", y eso es suficiente

para los que, en el fondo, sólo reclaman una cosa: Tener un jefe".

La izquierda empieza a temer a Chirac, y a considerarlo un obstáculo para la llegada al poder de los tres partidos firmantes del Programa Común. Este peligro se debe al carácter heterogéneo del Partido Socialista. Mitterrand creó, al resucitarlo, una verdadera federación, donde cohabita la socialdemocracia con la extrema izquierda. Los franceses que se alejan de la actual mayoría gubernamental eligen al PS porque es el partido más potente, y porque creen que, al reforzarlo, debilitan al Partido Comunista —"equilibran la izquierda", como dicen—.

Los puntos "progresistas" y populistas del programa de Chirac responden a su estrategia de recuperar a todos los tráfugas de Giscard; los otros, los que todavía siguen con el actual Presidente, le caerán como peras maduras, piensa el nuevo líder de la derecha.

Y el alborozado gran capital francés cree que ahí tiene a su nuevo y providencial **hombre fuerte**. ■ R. CHAO.



Los puntos progresistas y "populistas" en el programa de Chirac sobre estas líneas, entre las efigies tutelares de Pompidou y De Gaulle, responden a su estrategia de recuperar a todos los tráfugas de Giscard (fotografía de la derecha).

